



Tlaloc.



Quetzalcoatl.

LA ATLÁNTIDA

II

EN los tres ó cuatro siglos que median hasta hoy desde el descubrimiento y la conquista de la mayor parte del Nuevo Mundo, la civilización europea ha progresado de un modo pasmoso, y no sólo en ciencias experimentales de las que mejoran la material condición y proporcionan más goces y comodidades, sino en filantropía y en respeto á la dignidad, á la libertad, á la vida y á la honra de los hombres, nuestros semejantes.

La fecunda semilla de este progreso bienhechor estaba ya sembrada y empezaba

* Templo de la Cruz, ruinas de Palenque.

á brotar en el seno de la civilización que llevamos á América; pero distaba mucho de haber florecido y más distaba de dar sazonado fruto.

La intolerancia religiosa, que rayaba á veces en crueldad, existía aun con todo su brío. Las elegancias artísticas y literarias del renacimiento tal vez la hubieran mitigado en el Mediodía de Europa: pero, por espíritu de contradicción, hubo dos circunstancias que reavivaron el fanatismo: el creciente poder de los turcos, nuevo pueblo musulmítico que amenazaba subyugar la Europa, y la rebeldía de las naciones del Norte contra Roma, rebeldía que pugnaba por romper los lazos y destruir el principio de unidad que había informado la civilización greco-latina durante mil años, y la había salvado de la más honda barbarie.

El renacimiento mismo concurrió por lo pronto á pervertir la moral. Sin duda suavizó la aspereza de las costumbres, dió nuevo ser á las artes y á las letras, é hizo concebir el propósito, en los reyes y demás poderes públicos, de sujetar á los nobles turbulentos y á los privilegiados burgueses, para unificar la legislación, para enlazar ó identificar las diversas comarcas y gentes que componían los Estados, y para hacer surgir de esta amalgama las modernas nacionalidades; pero las letras y la filosofía gentílicas trajeron consigo, á par de esto, el desprecio de creencias que habían sido freno en la edad media á no pocas tiranías, y la burla de instituciones caballerescas, y el derrumbamiento de ideales altísimos que, si bien carecían de finalidad y tenían mucho de sofístico, hermozeaban y elevaban los espíritus y los corazones. Por otra parte la divulgada historia de conquistas y dominaciones, logradas por griegos y romanos y por otros grandes pueblos antiguos, así como el cuento de las poco piadosas hazañas de sus héroes, ofrecían peligrosos estímulos y ejemplos, y despojaban á las almas de la caridad cristiana y de la evangélica mansedumbre, persuadiendo á la gente menuda de que todo medio era bueno para elevarse, medrar y sacudir cualquier yugo, y á los príncipes de que, no ya lícito, sino laudable era cuanto hiciesen para conservar el poder, adquirirle ó acrecentarle. No era alevosía, sino habilidad y prudencia, el saber disimular para dar un golpe sobre seguro: perdonar las injurias no era bondadosa resignación, sino cobardía pusilánime; y vengarse bien y como quiera que fuese no era crueldad sino grandeza.

Á pesar de todas estas sombras y manchas que había entonces en nuestra civilización, salida apenas del caos de los siglos medios, fermentaban en ella con imperecedera virtud tales gérmenes de progreso, que bien pudo decirse, si hablaba un creyente, atribuyéndolo al principio sobrenatural que él entendía que la había creado, y si hablaba un racionalista, aplicándolo á otros hondos cimientos, aunque meramente humanos, que esta civilización, que dura ya cerca de tres mil años, está fundada sobre base indestructible; que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno; y que el espíritu soberano de verdad y de bondad, que la ilumina y glorifica, permanecerá en ella, sin abandonarla nunca, hasta la consumación de los siglos.

Este fué el magnífico presente que llevaron á América los españoles. Entre aquellos á quienes cupo la gloria de llevarle, si bien hubo no pocos misioneros santos,

lentos de caridad y de fe, los más fueron hombres audaces, de extraordinario denuedo, sufridos en las fatigas, astutos y nada escrupulosos.

A algunos los movió el ansia de correr aventuras, de ver mundo, de satisfacer la curiosidad, ya poética, ya científica, peregrinando por tierras y mares inexplorados, y contemplando en el suelo extrañas castas de gentes, animales y plantas, y en el cielo otras estrellas; pero los más iban y no podían menos de ir impulsados por pasiones, no tan generosas, y más violentas entonces que en el día: por la sed de dominio, por la codicia de oro y joyas, y aun por el afán de señalarse y cobrar fama, levantándose entre los demás hombres, para todo lo cual no se reparaba en los medios.

De aquí los feos lunares que deslucen y denigran las brillantes páginas de nuestras conquistas en América. No he de ser yo quien los encubra ó disimule. Lo que sostengo es que ningún otro pueblo, á fines del siglo xv, y durante el siglo xvi, hubiera sido más que nosotros blando y humano con los indios. La historia de nuestro linaje no se parece á un idilio apacible, sino á la más feroz novela *naturalista*. Pero aun así, aun confesándonos reos de muchas de las culpas que nos echan en cara, ¿cómo no reconocer que, por odio ó por falso sentimentalismo, se han exagerado dichas culpas hasta el extremo más absurdo?

Asimismo, ó por amor propio de casta, ó por espíritu estrecho y mezquino de secta anticatólica, se ha tratado de amenguar el beneficio que hicimos á América, difundiendo en su seno la civilización europea. Hasta se ha llegado á suponer que era superior á la nuestra la civilización indígena americana, que los españoles, según dicen, destruimos.

La verdad es que la misma facilidad con que fué destruída esa civilización, llamémosla así, prueba, no diré su corto valer, sino su anterior decadencia. Si hubo época en que floreció y valió más, esa época había pasado, y cuando llegaron á América los españoles, había sobrevenido una corrupción espantosa.

No se explica de otra suerte la conquista de grandes imperios por un puñado de hombres. Á pesar de las armas de fuego y de hierro, á pesar de los caballos, y á pesar del pasmo que todo esto causaba en los indios, que tal vez tomaban á los españoles por seres sobrenaturales, no se comprende, por ejemplo, el triunfo de Hernán Cortés, si no se presupone la tiranía insufrible, el yugo sangriento que los aztecas hacían pesar sobre todas las gentes y tribus del Anáhuac. Los españoles triunfaron porque en cierto modo fueron considerados como libertadores: porque, al lado de ellos, combatían los que se rebelaban contra los tiranos.

Sin duda que los españoles de entonces llevaban perros para cazar indios, como quien caza fieras; acostumbrados á la dureza de las leyes y de los procedimientos penales, general aun en el antiguo Mundo, aplicaban el tormento y tal vez condenaban á bárbaros suplicios; y, excitados por la codicia, solían sujetar á los indios á rudos y forzados trabajos: pero todo ello parece poco si se compara con el horror del Yucatán y del Imperio de los aztecas, las más civilizadas naciones de América, cuando el descubrimiento y la conquista.

El horror de los sacrificios humanos había llegado á su colmo. No hay dios, en la historia, que haya pedido tanta sangre humana á sus adoradores ni que haya sido tan regalado con ella como Huitzilopochtli. Con hacinados cráneos se levantaban torres que adornaban los teocalíes; y otros cráneos, ensartados por las sienas, formaban guirnaldas, y se contaban por miles.

Cinco años antes de que los europeos aportasen al Nuevo Mundo, en 1487, había habido en México la más asombrosa fiesta de que se conserva memoria.

Fué la dedicación del templo mayor en Tenoxtitlan. Se cuenta que las víctimas llegaron á setenta y dos mil trescientas cuarenta y cuatro. La sangre corría por las escaleras del teocalí á manera de agua cuando llueve recio. La matanza duró cuatro días, así en el templo mayor como en los demás adoratorios. El Emperador ó *tlacatecuhtli*, que era entonces Ahuitzotl, el *cihuacoatl*, los señores principales y los sacerdotes, hacían simultánea ó sucesivamente los sacrificios. Cuatro ministros de la horrenda deidad, teñidas de negro las caras y las manos de rojo, se apoderaban de cada una de las víctimas, conforme iban subiendo á la plataforma. Al punto la extendían boca arriba sobre la piedra convexa, y Ahuitzotl le abría el pecho con el cuchillo de pedernal, le arrancaba el corazón y le ofrecía. Cuando Ahuitzotl se cansaba, le reemplazaban otros señores ó sacerdotes. La sangre y la carne muerta se corrompieron y llenaron la ciudad de hedor abominable. Á lo que parece, la gente sólo comía de esta carne las piernas y los brazos. Lo demás se quemaba ó servía para alimentar las fieras que había en los palacios reales.

El Sr. Roa Bárcena dice: «Los que, llevados del espíritu de raza ó de partido, afectan considerar la civilización de estas comarcas superior á la de los pueblos cristianos de aquel tiempo, y califican de extrema calamidad la conquista española, fundadora de la sociedad á que pertenecemos, atrójanse al hallar en la historia la consignación del antropofagismo á que se entregaban los aztecas, regalando sus paladares con algunas partes de los cuerpos de las víctimas, y mortificanse ante los detalles de las fiestas sangrientas de Ahuitzotl. No pudiendo contradecir la aserción unánime de los historiadores, tratan de disminuir en unos cuantos miles el número de las víctimas, como si esto destruyera lo que tal matanza tiene en sí de horrible»¹.

En el reinado de Moctezuma II, que ocupaba el trono cuando llegaron los españoles, no disminuyeron los sacrificios humanos. Se hacía la guerra con el fin de reunir prisioneros que sacrificar. En la coronación de Moctezuma, las fiestas fueron espléndidas y los sacrificios muchos. En 1506 tuvo lugar la fiesta de la renovación del fuego. En esta fiesta se sacrificaron también innumerables víctimas. Sólo de prisioneros hechos en una guerra por un hermano de Moctezuma, hubo tres mil inmolados. Y por último, en 1512, después de grandes expediciones militares contra los mixtecas, los yopitzincas y otras tribus, destinando los prisioneros á ser sacrificados, hubo otra fiesta para consagrar una nueva piedra de sacrificios, sobre la cual dicen que se arrancaron los corazones á doce mil y doscientas personas.

¹ *Ensayo de una historia, etc., México, 1862, pág. 381.*

Se asegura que los aztecas fueron los que difundieron por otras regiones esta afición á los sacrificios humanos, con variadas ceremonias y prácticas, á menudo más salvajes aun, como las del mes llamado *Tlacaxipehualiztli*¹, ó *desollamiento de hombres*, las cuales, según el nombre lo indica, consistían en desollar á las víctimas, y en cubrirse los desnudos sacerdotes con las pieles sangrientas, y danzar pública y solemnemente así vestidos. El corazón de la víctima se solía poner en un plato con bolas huecas á modo de cascabeles, que sonaban al movimiento de la danza. De estos platos se conservan bastantes en los museos.

En el Yucatán, en el pueblo más civilizado del Nuevo Mundo, cayeron los hombres en los mismos extravíos antropofágicos que en México. De aquí, dice D. Crescencio Carrillo, obispo de Mérida, provinieron vil abyección, esclavitud humillante y completa desmoralización en todos sentidos. La lascivia competía con la crueldad, desarrollando en las almas las más nefandas inclinaciones. Los *mayas* se entregaron á desenfrenada licencia en la última época del período pagano. «Aquel pueblo habría desaparecido del catálogo de los pueblos, si no llegan oportunamente el descubrimiento y la conquista española á redimirle»².

Como se ve, no es muy de lamentar que las civilizaciones azteca y yucateca fuesen destruídas. Tal vez, en cambio, pueda lamentarse la violenta y cruel caída de la civilización peruana, que los incas fundaron. Á pesar del despotismo y del endiosamiento del Monarca, el cual, con sus plumas de *coraquenque* y su *llautu* ó diadema imperial, era adorado como un ídolo, hablando una lengua que el vulgo no comprendía, y llevado en andas por sus grandes vasallos, condenados á muerte, si tropezaban, en aquella naciente civilización había algo de patriarcal y de filantrópico. La guerra se hacía para difundir la cultura, la paz y el orden; la conquista de los pueblos se procuraba con la persuasión, antes de acudir á las armas; y en el original comunismo de las instituciones sociales resplandecía la más tierna solicitud hacia los menesterosos, enfermos y ancianos.

No es dable formar muy alto concepto de la ciencia de los *amautas* ni de la poesía de los *aravicos*; pero los sacrificios humanos eran muy raros en el Perú, y era laudable el celo bondadoso que los incas mostraban al reducir á los demás pueblos á sus leyes y al orden de su vida. Así Tupac Inca Yupanqui, salvando el desierto de Atacama y penetrando en Chile; y así Huayna Capac apoderándose de Quito.

Todavía, á la llegada de los españoles, había en América algún otro asomo de civilización. Tal era la de los chibchas, habitantes de la meseta de los Andes, donde tiene ahora asiento la ciudad de Bogotá, centro fecundo de la trasplantada española cultura.

Con el título de *El Dorado*, el Dr. Liborio Cerda publicó poco ha, en 1883, un curiosísimo libro sobre estos chibchas. Hablando de ellos dice el historiador Piedrahita: «Son muy políticos; andan todos vestidos, á que los obliga el temple de la

¹ P. F. Diego Durán. *Historia de las Indias de Nueva España. México*, 1867.—Cap. XX, pág. 175.

² Carrillo. *Historia antigua de Yucatán*, pág. 493. *Mérida de Yucatán*, 1883.

región fría que habitan.» En el traje y tocado, sobre todo las mujeres, ostentaban cierta elegancia. Un paño cuadrado, que llamaban *chircate*, las servía de falda, ceñido á la cintura por el *chumbe*, y en los hombros se ponían la *liquira*, á modo de chal, prendido entre los pechos medio desnudos por un alfiler llamado *topo*. Sobre la frente y sobre los sueltos cabellos lucían medias lunas de oro ó de plata. Las vestiduras, hechas de algodón, ya eran blancas, ya pintadas á pincel, ya estampadas de varios colores, por medio de rollos ó sellos cilíndricos. Era la xilografía ó el primitivo grabado en madera, aplicado á las telas, donde se usaban, ó á la piel humana, donde, en vez de cubrirla con ropa, la embijaban con mil dibujos.

Los chibchas, si bien hilaban y tejían el algodón, cultivaban la tierra (á ellos se afirma que debemos las patatas), y si bien hacían vasijas de barro, y fabricaban, aunque rudamente, joyas de oro, en artes y en ciencias eran inferiores á los aztecas y á los peruanos: pero en creencias religiosas y en usos políticos y sociales, sin duda eran superiores, pues ni resignaban por completo la voluntad, sometiéndose á un despotismo tan grande como el de los Incas, ni gemían bajo el yugo sangriento de tan feroces divinidades como las del Anáhuac.

Entre los chibchas, los sacrificios humanos eran pocos. El principal, no sé si el único, era el del *guesa*, niño que criaban con esmero y regalo para que á los quince años llevase á la luna el respetuoso mensaje y las oraciones del pueblo. Con este fin, le paseaban en devota procesión; bailaban y cantaban, disfrazados los sacerdotes de sapos y de otros animales simbólicos; y luego ataban al niño en un poste, le acribillaban á flechazos, le arrancaban el corazón y recogían la sangre en vasos de oro.

Fuera de este desahogo á *lo divino*, los chibchas, aunque valerosos en la guerra, cuando la necesidad los obligaba á guerrear, eran de natural generoso y dulce.

Tenían leyes muy justas. Las potestades, espiritual y temporal, estaban separadas entre ellos. Ejercía la espiritual uno á manera de Sumo Pontífice que residía en Iraca, donde tenía grande y rico santuario. Llamábanle Sugamuxi, que significa el encubierto ó desaparecido, porque, representaba en la tierra á Bochica ó Idacansas, profeta y legislador celestial, fundador de la civilización de los chibchas, quien, á su desaparición ó á su muerte, dejó establecido aquel pontificado. El Pontífice ó Sugamuxi subía por elección á su elevada silla.

Los principales jefes, seculares ó civiles, eran dos: el Zipa y el Zaque. Residía el primero en Funza, y en Tunjá ó en Ramiriquí, el segundo. Ambos tenían bajo sus órdenes gran número de principillos, que llamaban Usaques. Por rara constitución de aquellas dinastías, heredaban el trono los sobrinos, y no los hijos. Los chibchas difundían su cultura, más que por la guerra, por el comercio, reuniéndose en ferias, á las que acudían á trocar sus productos gentes de otras tribus y lenguas ¹.

Como quiera que ello fuese, yo entiendo que las grandezas, lujos, poder, población y artes de estas naciones semicivilizadas, que se hallaron en el Nuevo Mundo, fueron harto ponderados y magnificados por los descubridores y conquistadores, los

¹ *El Dorado*, etc., por el Dr. Liborio Cerda, passim. Bogotá, 1883.

cuales, por lo común, eran pobres, gente nacida y criada en algún lugar de Extremadura ó de Andalucía, donde poco habían visto, y además jactanciosos, aficionados á la hipérbole y llenos de imaginación. De aquí el que involuntariamente, merced á candorosos embustes, lo realzasen todo. De esto se originó un daño que los antiguos ponderativos cronistas no acertaron á prever: el que más tarde se nos culpase de la destrucción y ruina de multitud de objetos que tal vez sólo en la mente acalorada de los cronistas tuvieron existencia.

De la extraordinaria cantidad de indios que hallamos en varias regiones, es de lo primero que conviene dudar ó al menos rebajar bastante. Así se evitaría que á millones de seres humanos, engendrados en la fantasía de antiguos historiadores, los conviertan hoy los filántropos en otros tantos espectros para que nos persigan gritando: Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? ¿Cómo creer, por ejemplo, que la ciudad donde residía el Sugamuxi, era tan populosa que contenía más de doscientos mil habitantes? ¿Cómo conformarse con que el Zaque tuviera dentro de su palacio una guardia de cincuenta mil guerreros, y fuera muchos más, y con que á todos ellos los arrollase y acobardase Jiménez de Quesada, y que llegase con diez hombres al salón en que estaba dicho Zaque, que se llamaba Quimuinchateca, sentado con majestad en su trono, y se apoderase de él, sin respeto ninguno? Y hay que tener en cuenta que el tal Quimuinchateca no era manso ni tímido, sino, como dice la historia ¹, «presto y diligente en las disposiciones de guerra, de condición inexorable, y precipitado en los castigos, á que era inclinadísimo, y sobre todo á ahorcar.»

Aunque quitemos un par de ceros al número de indios armados que había en el alcázar y otro par de ceros á los que había fuera, todavía quedarían más de mil indios armados, con los cuales sobra para que resulte maravilloso el atrevimiento de Jiménez de Quesada en apoderarse del Zaque, á pesar del furor de sus vasallos, y en su mismo trono.

En suma, me parece que no harían mal los futuros historiadores de América en ir prudentemente rebajando el número de indios, que había antes de la conquista española, y así vendría á resultar que, un siglo después de la conquista, á pesar de los trabajos forzados, de las encomiendas, etc., había en América más indios que antes.

Sobre los palacios, templos, ídolos, pinturas, objetos de arte y documentos históricos que destruimos, hay también que hacer grande rebaja.

La propensión marcada de los españoles de entonces no era la de achicar el valer de lo que en América habían conquistado, sino la de engrandecerlo. En vez de deprimir á los vencidos, se esforzaban por realzarlos, hasta por vanidad: para dar mayor importancia á la victoria y al triunfo.

El pueblo español era entonces, y á mí se me figura que es aún, el más *católico* de Europa, no ya en el sentido estricto, sino en el más lato sentido de la palabra, según su interpretación literal: el pueblo menos exclusivo y más inclinado á igualarse á todos y á confundirse y mezclarse con todos, sin considerarse superior por natu-

¹ *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, por José Manuel Groot, Bogotá, 1889, págs. 52 y 53.

raleza, sino por circunstancias accidentales que le impelían á elevar á su nivel al que creía momentáneamente por bajo.

Brillante testimonio de todo esto da el florecimiento que, poco después de la conquista, se nota, aun entre los indígenas, en casi toda la América española. Sus lenguas, su historia, sus tradiciones, su poesía y sus artes, son objeto de esmerado estudio para los vencedores; y los indígenas y los mestizos toman parte en aquellas tareas, levantados ya á la altura de la civilización cristiana de entonces; salto prodigioso que nos lleva á admirar la inteligencia y la vitalidad de las razas americanas y el poder civilizador de la nuestra.

Entre los peruanos aparece Garcilaso, el Inca, que ora es diestro y elegante intérprete de sutiles y bellas filosofías platónico-judaicas, ora autorizado encomiador de las glorias de su regia familia materna.

Entre los yucatecos, se distinguen por su cultura las ilustres familias indias de los Tutul Xiús, los Cheles y los Cocomes; la lengua maya se cultiva con amor después de la conquista, escribiéndola con nuestro alfabeto; y en esta lengua, ya se conservan las cosas que en el antiguo alfabeto fonético de veintisiete letras los mayas acaso habían redactado, ya se redactan de nuevo y se comentan y adicionan las profecías, tradiciones, ritos, fórmulas y recetas, y todo el saber de los *chilames* ó sea adivinos y sacerdotes.

En México, todavía es más notable, durante el siglo xvi, el movimiento intelectual en este sentido. La imprenta vino en seguida, traída por el Virrey D. Antonio de Mendoza. Los misioneros aprendieron las lenguas del país con tal prontitud y facilidad, que pudo atribuirse á milagro y como á nueva bajada del Espíritu Santo. Los Padres Alonso de Molina, Maturino Gilberti, Andrés de Olmos, Francisco Cepeda, Juan de Córdoba, Juan de Gaona, Alonso de la Veracruz, Benito Fernández, Juan de la Anunciación y muchos más, escribieron é imprimieron vocabularios, gramáticas, catecismos y sermones, en diferentes idiomas del país. Los Padres Sahagún, Benavente, Mendieta, Torquemada, Durán y otros, compusieron historias é ilustraron las antigüedades mexicanas. Y comunicada la afición á los indígenas ó mestizos, Fernando de Alba Ixtlilxochil compuso la *Historia Chichimeca*, la *Relación histórica de la nación tulteca* y el *Compendio histórico del Reino de Texcoco*; los tlaxcaltecas Tadeo de Niza y Diego Muñoz Camargo, la *Historia de la conquista de México* y la *Historia de Tlaxcala*; Fernando de Alvarado Tezozomoc, la *Crónica mexicana*; Juan Bautista Pomar, la *Relación de la ciudad de Texcoco*; Gabriel de Ayala, sus *Apuntes*; Cristóbal del Castillo, un *Viaje de los Aztecas al país del Anáhuac*; y Huitzimengari las *Memorias del Reino de Michoacan*.

Baste lo dicho para demostrar que, lejos de querer los españoles hundir en el olvido ó bien obscurecer el esplendor de las civilizaciones é historias precolombinas, se esforzaron para perpetuar y para poner en claro y en orden sus interesantes recuerdos.

Por desgracia, éstos no podían ser sino algo vagos y confusos, como conservados

por tradición oral, y no podían penetrar, sino entre tinieblas y remontando la corriente de los siglos, más allá de tres ó cuatro en lo pasado.

Antes de que nadie me acuse de ignorante, yo confieso y declaro que no soy americanista sino de afición, y de afición muy reciente. Entiéndase además que yo no escribo para enseñar cosas nuevas, sino para entretener á quien tenga el antojo de leerme, y acaso para vulgarizar lo ya olvidado de puro sabido por los hombres doctos. Hecha esta advertencia á fin de que me valga de disculpa, prosigo, si no asegurando, sospechando que, apenas hay documento precolombino que derrame viva luz sobre la antigua historia de América. ¿Hay ó queda en algún pueblo americano, conservado en la memoria ó escrito antes de la conquista, algo equivalente á nuestras canciones de gesta ó á nuestros romances? ¿Son auténticos los versos de Netzahualcoyotl? ¿Los dramas mexicanos, si hay alguno escrito, el drama peruano *Ollanta*, las *Crónicas* y el llamado *Rig Veda americano*, publicados por Brinton, que confieso no haber leído, qué mérito tienen? ¿Son anteriores á la conquista ó compuestos ó *recompuestos* y arreglados después? ¿Valían los quipos del Perú ó las pinturas de México para expresar con claridad y precisión hechos é ideas, sin el auxilio de alguien que los aclarase y á quien sólo servían de medio mnemotécnico, más ó menos ingenioso? ¿Hay libro, hoja, lámina, tabla ó piedra, con letreros precolombinos, escritos con el alfabeto de los mayas, que creo que llaman *calculiforme* porque todas sus letras tienen forma de chinitas? ¿Dónde ha ido á parar el libro que D. Juan Cocom conservaba de su abuelo y que vió Landa? ¿Era sólo de pinturas ó había en él escritura fonética? ¿Los *Anales de los Cakchiqueles*, los *analtees* y los *uinaltees* de los *chilames* y las profecías de Chilam Balam y de otros sabios mayas, como Natzin Yabun, Nahan Pech y Ah Kukil Chel, son del tiempo que se supone ó fueron forjados por indios, que sabían ya castellano y tal vez latín, y que habían leído á Isafas y le imitaban? ¹ ¿El *libro de los salvajes*, que publicó el Abate Domech, es de veras de los salvajes, ó es facecia de un muchachuelo alemán, hijo de un colono? Bien pudiera yo continuar este interrogatorio, si no temiese hacerme cansado.

Dejemos á los doctores en americanismo el disipar, si pueden, las mencionadas dudas y otras análogas. Yo creo que hay códigos pictográficos americanos, anteriores á la llegada de los españoles; pero poco enseñan y nada hubieran enseñado, si los que iban á leerlos no supiesen de antemano lo que debían leer, valiéndose sólo del código para refrescar la memoria. Hasta poesías amorosas dicen que se escribían con estas pinturas, aunque Max Müller nos quita la ilusión de su autenticidad diciendo: «Si los indios pueden leer tal escritura son más grandes adeptos en los mis-

¹ Después de afirmar Gomara, con su deliciosa sencillez de estilo (*Historia de México*, Anvers, 1554, f. 341) que á los indios, en vez de pena, Dios les hizo merced en ser de españoles, que, sin quitarles señoríos, haciendas y libertad, los cristianaron, añade: «Dieronles bestias de carga para que no se carguen; de lana para que se vistan, no por necesidad, sino por honestidad, si quisieren; y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostraronles el uso del hierro y del candil que mejoran la vida. Hanles enseñado latín y ciencias, que valen más que cuanta plata y oro les tomaron, porque con letras son verdaderamente hombres, etc.»

terios del corazón que los jueces de las antiguas cortes de amor... Tales símbolos pueden sin duda ayudar al lector á acordarse del orden en que los versos se siguen, pero serían completamente inútiles sin un comentario ó sin el conocimiento del texto»¹.

Fray Bartolomé de las Casas es una de las más nobles figuras que nos presenta la historia; mas no por eso hemos de tener por artículos de fe todas sus amorosas ponderaciones en favor de los indios. Para él los hieroglíficos mexicanos eran tan perfectos que hacían inútil la escritura que nosotros enseñamos á los indios. ¿Cómo, pues, adoptaron en seguida los indios nuestra escritura para escribir libros en sus propios idiomas; por ejemplo, el *Códice Chimalpopoca*, en nahuatl, y el *Popol Vuh* en quiché? Lo que probó la publicación por Brasseur de Bourbourg de este último libro fué la fraternidad de los españoles y de los indios y la fusión que hubo en los espíritus. El *Popol Vuh* está escrito, á más de mediados del siglo xvi, por orden de un príncipe quiché, ó por el mismo príncipe que se había hecho cristiano, que se llamaba D. Juan de Rojas ó D. Juan Cortés, en vez de llamarse Tepepul ó Tecum, y que seguía titulándose Rey, sin que nadie se lo estorbase. La traducción castellana es obra del Padre Francisco Jiménez, dominicano, que floreció á fines del siglo xvii, y que fué autor de otras obras, entre ellas de un diccionario ó *Tesoro de las lenguas quiché, cakchiquel y tzutohil*. Curioso es el *Popol Vuh*, pero así este libro como los demás libros americanos, y sus tradiciones, no tienen gran valor histórico, más allá, como ya he dicho y repito, de tres ó cuatro siglos antes de la conquista: allí el origen del mundo y del hombre, la vida de los dioses, lo más primitivo, se confunde con lo más reciente. En suma, poco se averigua y se sabe.

Me consuela de mi corto saber la consideración de lo mucho que yerran ó desvarían los sabios, como lo demuestran las conclusiones diametralmente opuestas en que vienen á dar. Se diría que los asertos de mayor importancia de esta ciencia americanista siguen las varias modas ó corrientes, y ayer fueron de una suerte y hoy son de la contraria. No hace mucho, andábamos compungidos y llenos de remordimiento los españoles por haber interrumpido el curso de civilizaciones superiores á la nuestra y que sólo Dios sabe adónde hubieran llegado sin la brusca interrupción. Ahora, sobre todo en los Estados Unidos, y por medio de escritores tan sabios y tan encomiados como Morgan y Fiske, hemos caído en el otro extremo. Cuando el descubrimiento, según ellos, nada había en América que pudiera llamarse civilización, ni había imperios que mereciesen llamarse imperios.

Todas las tribus estaban en el salvajismo ó en plena barbarie: unas, en la edad de piedra; otras, en el principio de la edad de bronce. Para hallar estado social semejante, en las tierras del Mundo antiguo, cuyas costas baña el Mediterráneo, era necesario retroceder cuarenta ó cincuenta siglos. Los indios de América no eran pastores porque no tenían ganado que guardar, salvo los peruanos. Apenas tenían idea de la propiedad. Si bien iban llegando á la esclavitud, casi no la tenían aún,

¹ *Essais sur l'histoire des religions. Paris 1872, pág. 436.*

porque mataban á los prisioneros de guerra y no los *conservaban*, dando en compensación á sus dioses algo menos precioso que la vida humana. Conviene precaverse, añaden, contra todo lo que en español se ha escrito sobre los indios, porque nosotros lo sublimábamos y aumentábamos. Ya convertíamos en palacios chozas, hechas de barro y de paja; ya de cualquier aldea ó rancho hacíamos una ciudad populosa, como en España no las había: y ya fingíamos ejércitos, en que los combatientes se contaban por centenares de miles, ó para pelear contra ellos, ó para tenerlos por aliados. Así, v. gr., cuando Cortés sitió á México, cuentan, Clavigero entre otros, que podía Cortés disponer de un ejército como el de Jerges. Seguían su bandera, en realidad vengadora y libertadora, los guerreros del Reino de Acolhuacan; los de las Repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; los de las ciudades del valle de Tenoxtitlan; é innumerables totonacas, mixtecas, otomites, tlahuicas, cohuixcos y matlazincas.

Lo cierto es que, sin igualar su ejército con el de Jerges, Cortés, en Otumba y en el sitio de México, tuvo en su favor muchísimos indios auxiliares. Esto disminuye lo maravilloso de la conquista en cuanto al sobrehumano valor de los españoles y de su capitán, pero aumenta el crédito de Cortés como político hábil, al pensar en la buena maña con que se ganó las voluntades y el apoyo de los indios contra los indios, y prueba evidentemente que los aztecas eran aborrecidos, y que, no bien las otras tribus hallaron á alguien que les inspirase confianza y acertase á unirlas al mismo fin, todas se rebelaron contra los aztecas y contra su feroz tiranía.

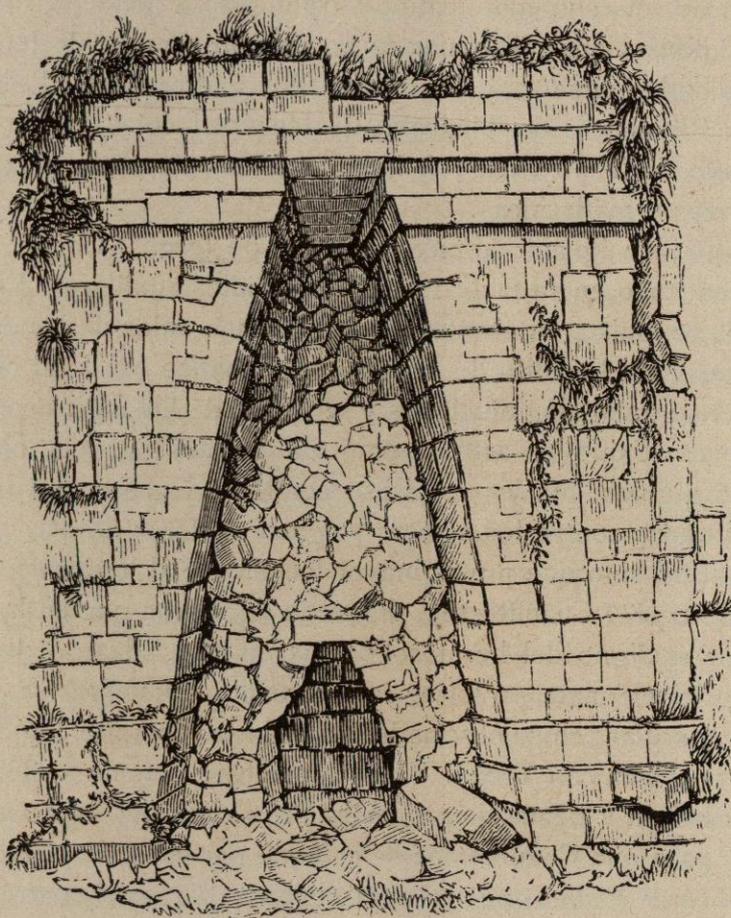
Y no desdora esto sino que presta mayor lucimiento al heroísmo de los aztecas y de su último *tlacatecuhtli* Cuauhtemoç, digno de la estatua que en la moderna México se le ha erigido; digno del hermoso poema en que Eduardo del Valle canta su gloria; y digno del elegante prólogo, rabiosamente *misohispánico*, que Altamirano le antepone. Tenoxtitlan, en su obstinadísima defensa, compite con Sagunto, Astapa y Numancia, y se iguala con Troya. Y no es menester llamar á Hernán Cortés mal caballero, pillo, ladrón y demás improprios (con citas del *humorístico* romance de Enrique Heine) para que Cuanhtemoc se coloque por cima de Héctor ¹.

El reciente libro de Fiske, que, ya para seguirle, ya para contradecirle, nos sugiere muchas de estas reflexiones, concede, y no puede menos de conceder, aun achicando más de lo justo la cultura y el poder de los americanos prehispánicos, extraordinaria importancia á su descubrimiento por los europeos. «La antigua América, según la hemos visto, dice Fiske al terminar el primer capítulo de su obra, era un mundo mucho más arcaico que el de Europa y de Asia, y presentaba, en tiempo de Colón, formas de sociedad, atrasadas ya en las costas del Mediterráneo, antes de la fundación de Roma. De aquí la intensa y peculiar fascinación de la Arqueología

¹ Imposible parece que el Sr. Altamirano se apoye en Heine y le cite porque llama á Cortés *schächer*, cuando en la misma composición hace de los antiguos aztecas la más espantosa caricatura. Por lo demás, los sentimientos que inspira el romance de Heine á cuantos le lean y le entiendan, es, á pesar de la salida de tono en que insulta á Cortés, la más viva simpatía por este héroe, aunque diga que no fué héroe ni caballero, y el contento por el bien que hizo acabando con la idolatría antropofágica.

americana y su profunda importancia para el estudio de la Historia Universal»¹.

No se aparecieron por arte mágica, ni por visión ó ensueño magnético, como se aparece en la lindísima novela de María Corelli, la ciudad de Ardath, anterior á Nínive, anterior á la vocación de Abraham, anterior á la dispersión de los arios por el mundo, sino que se aparecieron, con patente realidad, solidez y substancia, México y el Cuzco, á los atónitos españoles que seguían á Cortés y á Pizarro. Fué la extra-



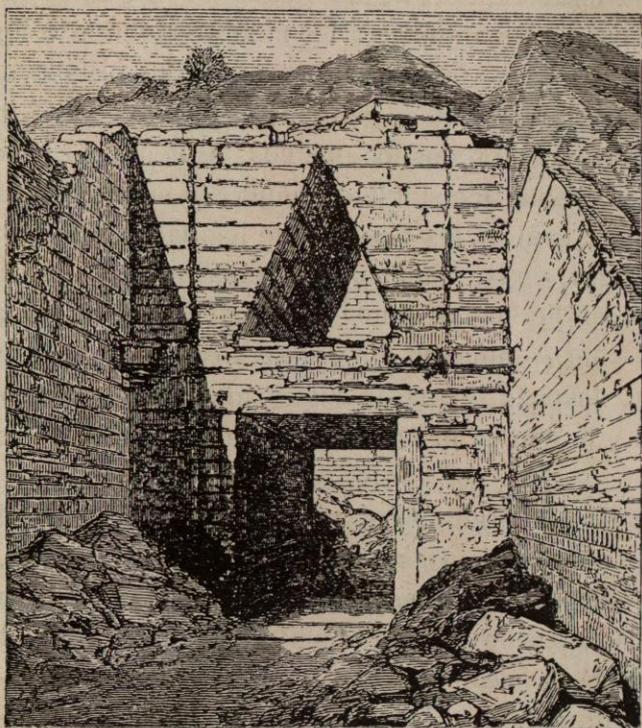
Arco de las monjas en Palenque.

ña aparición de gentes, ciudades, imperios ó repúblicas, apartados del resto del género humano, allá en remotísimas edades, quizás de resultas de alguna gran revolución telúrica, y siguiendo desde entonces una marcha por el camino de la historia, según Fiske, por virtud de un movimiento inicial propio y distinto, esto es, sin impulso y sin influencia de la civilización de Asia y de Europa, hasta la llegada á América de Colón.

En esta marcha por separado, en este aislamiento completo del resto de los hom-

¹ *The discovery of America, with some account of ancient America and the Spanish Conquest, by John Fiske. In two vol. Boston and New York, 1892.*

bres, sin columbrar la luz principal que marca el camino del progreso, no es de extrañar que los antiguos americanos se extraviaran y se retrasaran. Lo que sí es extraño y lo que excita la admiración y reclama la alabanza, es que estos antiguos americanos, al ponerse en contacto con los españoles (exagérese cuanto se quiera lo rudo del encuentro) no cediesen la tierra y se retirasen, como les sucedió con otros hombres de Europa; no quedasen humillados y hundidos; no desapareciesen en esto que ahora llaman *la lucha por la vida*; sino que se levantasen de súbito á nuestro nivel, saltasen de un estupendo salto los treinta ó cuarenta siglos que de nosotros los separaban, y se unimismasen y se fundiesen con nosotros.



Tesoro de Atreo en Micenas.

La América inglesa, separada ya ó ligada aún con la metrópoli, es Inglaterra dislocada ó trasplantada, pero nada más que Inglaterra. Allí los indios desaparecen, se extinguen ó se aislan, no entran en la comunión política; no forman parte de la sociedad fundiéndose en ella. En la América portuguesa y española, todo, desde el principio, queda fundido: todo da glorioso testimonio de nuestro espíritu humanitario en el más alto sentido, sin declamaciones huera. Allí puede haber, hubo y hay guerreros ilustres, hombres de Estado, poetas, oradores, presidentes de Repúblicas, sabios y eruditos, que no nos incumbe deslindar si son indios, ó mestizos, ó españoles puros: todos son hispano-americanos, lo cual no denota, como denota la expresión *anglo-americano*, al europeo criollo ó nacido en América, sino el producto de

la fusión de ambas razas, en el ardiente crisol y por la plasmante virtud de nuestra caridad católica.

De esta aparición, en el siglo xvi de Cristo, de sociedades no más cultas las más adelantadas que las de Italia antes de Roma ó que la de Egipto bajo las primeras dinastías faraónicas, provino gran confusión para los sabios. Entusiasmados no pocos con la semejanza, la atribuyeron á transmisión ó remedo y no á coincidencia. No reflexionaron bastante en que los hombres, cuando llegan al mismo punto en la senda del progreso, suelen inventar las mismas cosas en todos los países, sin *traducirlas* unos de otros, digámoslo así.

En México hay pirámides como en Egipto y no por eso hemos de creer que todas se edificasen hacia la misma época, ni por gente consanguínea, ni menos que mil ó dos mil años más tarde se les antojase á los mejicanos imitar á los egipcios.

En América había sacrificios humanos; pero esto no prueba que los americanos descendan de los cartagineses ni de ningún otro pueblo de África, de Asia ó de Europa, sino que todos ó casi todos los pueblos, al llegar á cierto punto en su historia, suelen tomar la misma detestable costumbre y suelen hallar en la efusión de sangre humana algo de grato á los dioses, que los hace propicios y nos redime.

El *Arco de las monjas*, en las ruinas de Palenque y el del Tesoro de Atreo en Micenas dicen que parecen hermanos gemelos, sin duda por no ser arcos; pero ¿quién ha de imaginar que vino Agamenón á Yucatan á construir palacios, á pesar de que el Dr. Le Plongeon, después de pasar cuatro años explorando el Yucatán, afirma que la lengua maya y la lengua griega son casi idénticas: la tercera parte del vocabulario igual?

La Cruz es venerada ó adorada en no pocos lugares de la América prehispánica; pero no se infiere de ahí que aportasen ó el apóstol Santo Tomás, ó antiguos frailes de Irlanda ó varios obispos españoles, fugitivos de los moros, á predicar en América el Evangelio. La Cruz, mucho antes de que Cristo muriese en ella, tuvo un significado religioso en no pocas naciones.

En varios pueblos de América, lo mismo que en Europa, se refieren historias de hadas y de hechizos y amores muy semejantes de ninfas y genios, de diosas y dioses, que, prendados de criaturas mortales, salen, para unirse con ellas, del centro de la tierra y del fondo de los mares, lagos ó ríos, ó bajan del cielo, y luego viven unidos, hasta que cierto encanto se rompe, y el consorte sobrenatural huye para siempre. También está muy repetido el cuento de alguien que va á una tierra muy linda, á un paraíso, donde cree permanecer sólo días ó semanas, y cuando vuelve á su patria, lo halla todo mudado porque han pasado siglos. Sin embargo, no siempre es lícito inferir que han sido transmitidos estos cuentos. Bien pueden haber nacido á la vez en varios puntos.

Con los usos y costumbres, hasta con los más extravagantes, ocurre lo propio. Nada menos fino y amable, ni nada más desatinado y ridículo, que el obligar á una mujer, á poco de haber parido, á volver á sus faenas domésticas, ó á trabajar en el

campo, mientras que el marido se acuesta en lugar de ella, y, como si estuviese delicadísimo de salud, es regalado y cuidado con extraordinario esmero; y este singular sobreparto, así se estila ó se ha estilado en bastantes tribus americanas, como en varias comarcas de España y del resto del mundo.

Manía común y natural de los hombres es la de enmendar la plana á la naturaleza para realizar en los cuerpos cierto bello ideal: para aparecer ó más distinguidos y aristocráticos ó más belicosamente tremendos. No choca, pues, que, en el mismo período histórico, los hombres, por dondequiera, se pinten, se cincelen y se taraceen la piel. Ni choca tampoco, allí y cuando á las grandes cruces militares, que se usan hoy, responde un collar de dientes de los enemigos que cada guerrero ha muerto, que este guerrero se cuelgue bezotes, se adorne la nariz con palitos incrustados, huesos ó piedras, ó se agujeree por gala los carrillos y embuta ó engaste allí los retorcidos colmillos de alguna fiera, como hacían los botocudos. Lo que apenas se comprende es que los hombres hayan coincidido en la idea absurda de que lo más egregio y elegante es tener la frente deprimida y el cráneo prolongado como pan de azúcar y en apretar con dos tablas formando ángulo las cabezas de los niños á fin de deformárselas por la presión continua y suave. Esta deformación, sin embargo, se usaba en el Perú, en Filipinas, entre los indios del Brasil, entre los antiguos egipcios, entre los toltecas, y en otras tribus ó naciones harto apartadas unas de otras por el espacio y por el tiempo. Era también muy común, aunque no tanto, la operación del trépano para que el alma pudiese salir del meollo y volver á él con facilidad.

En mi sentir, ninguna de estas coincidencias, ni mil más que trae Ignacio Donnelly en su divertido libro titulado *Atlántida*¹, demuestran que hubo en lo antiguo dicho continente, centro de una primitiva civilización, la cual extendieron los atlantes por América y por Europa, África y Asia: pero tampoco el resultado idéntico ó muy semejante de la inventiva original de todas las castas de hombres demuestra, como se inclina á sostener Juan Fiske, que es autóctona la primitiva civilización americana.

Hay multitud de tradiciones que, si bien mezcladas, por anacronismo enorme, con historias divinas del origen de la humanidad, del diluvio y hasta de la creación del Universo, dan claro indicio de que varios profetas, legisladores ó sabios, hubieron de ir de Europa ó de Asia al Nuevo Mundo, en diversas y mucho más recientes épocas.

No hablo de Manco Capac y de su aparición á orillas del lago Titicaca y de su misión benéfica (200 ó 300 años antes de la llegada de Pizarro), porque todo ello es muy sabido y ha sido muy comentado.

En casi todas las tribus que habitaban en el Brasil, guaraníes, tupies, tamoyos, macarayás, tupinambas, y quién sabe cuántas otras de más exóticos nombres y apodos, se contaba que un cierto Suñé, varón barbudo, en quien después las personas

¹ *Atlantis. The antediluvian World, By Ignatius Donnelly. Seventh Edition. New-York.*

piadosas creyeron reconocer á Santo Tomás, había venido del Oriente y había enseñado buenas teorías y mejores prácticas, como la de cultivar y preparar la mandioca y la de valerse del fuego para guisar y otros usos.

Entre los chibchas, Bochica hace parecido papel al de Suñé entre los tupinambas y al de Manco Capac en el Perú. Es un dios, que realiza mil prodigios, como el de romper las rocas y abrir paso á las aguas del lago Funcé, produciendo la gigantesca catarata del Tequendama; pero también se nos presenta como un hombre, como un extranjero, que llega del lado de Oriente, que dicta leyes sabias, que da, como diríamos ahora, una Constitución al país, y que enseña las artes y la agricultura.

Pasemos en silencio nombres é historias de otros personajes por el estilo, casi siempre con barbas, los cuales vienen á ser en América lo que Cadmo y Cecrops entre los griegos, y sólo citemos por último al más importante de todos: al llamado entre los mexicanos Quetzalcoatl y entre los mayas Kukulcan, ó sea *Sierpe con plumas*, quien, á más de ser *dios del aire*, es sér meramente humano: hierofante extranjero que adoctrina á los hombres y los civiliza por dondequiera que pasa. El compañero de Quetzalcoatl era Tlaloc, dios de la lluvia. La Cruz era símbolo y como signo de ambos dioses. Tal vez la Cruz figuraba los cuatro vientos cardinales, ya que era Quetzalcoatl rey de los vientos, agitador de las nubes y lanzador de relámpagos, truenos y rayos. Por su dominio en las nubes se le representaba como pájaro; por su poder en los rayos y en las centellas se le representaba como serpiente. En una de las dos losas que, en 1840, descubrió Stephens en Palenque, en las ruinas del apellidado *Templo de la Cruz*, se ve á Quetzalcoatl en forma de viejo que sopla en un canuto. En la otra losa, se ve á su joven compañero Tlaloc, con más ricos, vistosos y simbólicos arreos todavía.

Lícito y razonable es emplear con Quetzalcoatl el evhemerismo: despojarle de lo sobrenatural y divino con que la imaginación y el entusiasmo de los antiguos americanos le transfiguraban y convertirle en personaje histórico, que vivió en época determinada.

La más antigua, en que podemos suponer que floreció, consultadas las oscuras cronologías americanas, es hacia fines del siglo x de nuestra Era. Quetzalcoatl estuvo entonces en la península yucateca, fundó la ciudad y reino de Mayapan, reinó algunos años, y abandonó voluntariamente el cetro y se fué á otra parte.

La leyenda de Quetzalcoatl en México es casi idéntica, aunque más ofuscada por la mitología. Quetzalcoatl es el dios de la luz y está en guerra constante con el dios de las tinieblas Tezcatlipoca y con el tremendo Huitzilopochtli, sedientos siempre de víctimas humanas.

Al desaparecer Quetzalcoatl de América, dicen que se volvió á las regiones de Oriente, de donde había venido. Desde entonces surgió entre mayas y mexicanos algo á modo de mesianismo. Quetzalcoatl fué para ellos lo que para los portugueses el Rey D. Sebastián y para los antiguos bretones el Rey Arturo. Quetzalcoatl había

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

de volver y había de destronar á Tezcatlipoca y á Huitzilopochtli, acabando con el infame y sangriento culto de tan diabólicas deidades.

Á Cortés y á sus españoles favorecieron en extremo tales creencias y profecías. Por cumplimiento de ellas se tuvo su llegada. Esto facilitó la conquista. Esto hizo rápidamente posible para los españoles la alianza de los indios, enemigos de Huitzilopochtli, contra las que tan inhumanamente le adoraban.

De todos modos, así Quetzalcoatl, como otros dioses hierofantes por el estilo, si los despojamos de su divinidad y los reducimos á las humanas proporciones, dándoles la consistencia histórica, y disipando la nube mítica que los envuelve, no podemos menos de suponer que fueron náufragos ó peregrinos, asiáticos ó europeos, procedentes del Antiguo Mundo ó de alguna colonia, y echados por acaso entre aquellas naciones bárbaras. La gratitud, el respeto y hasta el terror que infundieron, al tratar de civilizarlas, les valió sin duda la apoteosis.

Ejemplos de esto hubo en América, aun después de descubierta y explorada por españoles y portugueses. Así Diego Correa, náufrago donde luego fué la antigua capital del Brasil, Bahía de Todos los Santos. Los indios le llamaron *Caramurú* y de él escribió Fray José Durán el ingenioso poema del mismo título.

Las aventuras de este portugués, que otros llaman Diego Álvarez, tienen completa realidad histórica. Vivió 30 ó 40 años entre los indios, muy temido y respetado como un semidiós. Se casó con una joven salvaje, á quien la leyenda llama Paraguasú y supone hermosísima, y de ella tuvo numerosa prole. Es lo cierto que la acusación de que los portugueses y los españoles han acabado con los indios, se explica mejor por esta fértil ternura que mezcla las razas que por nuestra ferocidad en exterminar la de los indios. Cuando llegaron otros portugueses adonde estaba Diego Correa, convertido en príncipe, en *Caramurú*, en sér sobrenatural, ya éste, salvándose de que se le comieran, había semicivilizado y cristianizado á los indios, disparando algunos tiros al aire con su escopeta, enamorando á las mujeres y emparentando con aquellas tribus ¹.

Así el tesorero Cabeza de Vaca, que en 1528 acompañó á Pánfilo de Narváez, y naufragó en la desembocadura del Misissipi, y fué cautivado por los indios, con otros dos españoles y un negro llamado Estebanico. Las aventuras de los cuatro pudieran dar asunto á la más entretenida novela. Cabeza de Vaca pasó por taumaturgo, y por diós ó semidiós entre los indios, hizo que ellos mismos le llevasen hasta la cercanía del límite de las tierras dominadas ya en México por España, caminando más de 2.000 millas, y allí se escapó con sus dos compatriotas y con el negro y se volvió entre los suyos.

Ni es esto muy de maravillar cuando se piensa en que hubo la apoteosis de un caballo, realizada por modo más chistoso. En México debe correr como cuento, y como tal le ha referido, poco ha, con notable primor de estilo, y le ha publicado en *El Liberal*, el general Riva Palacio: pero nada más histórico.

¹ Varnhagen, *Historia Geral do Brazil*, t. I, pág. 49.

Todavía, á fines del siglo xvii, había entre Yucatán y Guatemala el reñecillo independiente de Peten-Itzá. El Excmo. Sr. D. Martín de Urzúa y Arismendi, Conde de Lizárraga, Gobernador y Capitán General, fué á conquistarle, con un pequeño cuerpo de yucatecos. Hecha la conquista, entró en triunfo el Conde en la capital de aquella diminuta Monarquía, y ¡cual no sería su sorpresa cuando halló que, en el templo principal, el ídolo del Dios Tzimin-Chac ó *animal de trueno*, á quien se encomendaban más devotamente los indios, representaba un caballo! Se hicieron averiguaciones, y vino á saberse que, más de siglo y medio antes, Hernán Cortés había pasado por allí, en rápida marcha sobre Guatemala. El caballo se le enfermó de la fatiga, y el ilustre Capitán le dejó con gran recomendación, para que á su vuelta se le entregasen curado. Tan estafalaria fué la cura y tan contrarios á la naturaleza caballar los alimentos que en fuerza de profundo respeto propinaron los indios al cuadrúpedo, que el cuadrúpedo se murió, y para que Cortés no se enojase, si volvía por allí y le reclamaba, determinaron deificarle y afirmar que se había subido á los cielos. Todo esto lo refiere con muy menudas y puntuales circunstancias el obispo don Crescencio Carrillo.

Algo tendría de divagación cuanto en este artículo va dicho no mirando que me convenía buscar un empalme, un sincronismo entre los sucesos del Nuevo Mundo y los del antiguo, á fin de poner allí la base para la reconstrucción de la Atlántida hundida.

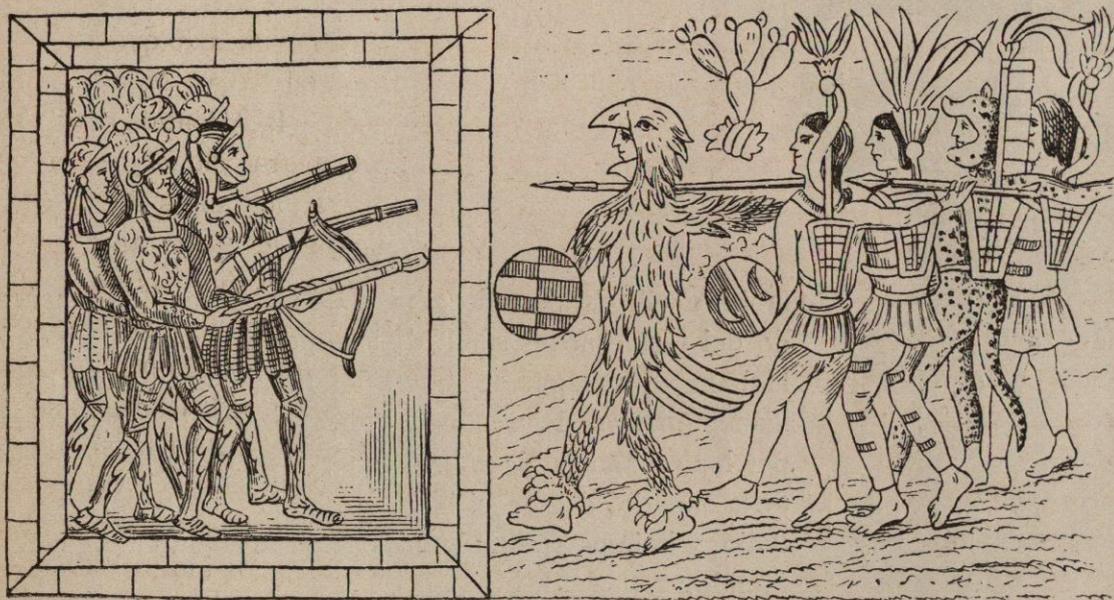
Desgraciadamente, por más esfuerzos que se hagan, al penetrar en lo pasado del mundo americano, apenas se llega más allá de tres ó cuatro siglos antes de la conquista española. En las más antiguas ruinas no se ven rastros de época anterior al siglo x ó xi de la Era cristiana. Los monumentos del Yucatán no son más antiguos. Todos los apóstoles barbudos, de que entre mitos habla la tradición, ó no tuvieron ser real ó fueron posteriores al cristianismo. La historia más larga de un pueblo americano, la de los toltecas, puede extenderse, con un poquito de imaginación, hasta el siglo ii después de Cristo, y ya, con mucho auxilio de imaginación, hasta siete siglos antes de Cristo. Así, como por fuerza, venimos á caer en lo que ya decíamos en nuestro artículo primero: en que los toltecas fueron las diez tribus de Israel, cautivas de Salmanazar, y que hallaron ya la América poblada de otros indios. El libro que traían los toltecas, y que nadie vió nunca, el *Teoamoxtli*, hubo de ser el *Pentateuco*, como lo sospecha Lord Kingsborough: pero, concediéndolo todo, aun estamos muy lejos de la Atlántida. Sin embargo, ya llegaremos á ella, si no nos cansamos ó si no se cansan los lectores.

Sin Atlántida, no se explica el origen de los indios, que ni para los creyentes pueden ser autóctonos, ni lo pueden ser para los racionalistas monogenistas, ni siquiera para muchos racionalistas poligenistas, los cuales han demostrado que en América no hay, ni vivos ni muertos, ni fósiles ni no fósiles, monos catarrinios. Y como, según ellos, estos monos son los padres de los *antropopitecos* ó *antropiscos alalos*, padres á su vez del hombre, resulta que en América no pudo haber hombre, sino porimportación.

Ya veremos cómo el hombre pudo ser importado en América por la Atlántida.

Yo no tengo la pretensión de demostrarlo. Armado de prudente escepticismo, cuido bien de no dar completo crédito á *Los atlantes, estudios ante-históricos de Roissel* y á la *Atlántida ó el mundo antediluviano de Ignacio Donnelly*: pero ambos libros me divierten mucho y me estimulan y mueven á decir yo también, si puedo, cosas divertidas. Espero que nadie me lo censure cuando se trata de un asunto en que es difícil, si no imposible, descubrir la verdad. Nadie hasta ahora la sabe. Tratemos sólo de presentar una hipótesis que tenga algo de verosímil.

JUAN VALERA



Antigua pintura mexicana.